

Los nuevos estudios laborales en México. Perspectivas actuales, es una muestra de la revitalización de los estudios del trabajo entendidos en su forma ampliada. En este libro se reflexiona y discute bajo un nuevo contexto ligado con la preponderancia del sector servicios, el declive de la industria y con esto la importancia de los trabajos no clásicos, y con nuevas estrategias productivas y empresariales (descentralización-*outsourcing*), vinculados con nuevas formas de trabajo (emocional, estético). Lo anterior implica a nuevos y variados actores laborales y formas de relaciones de trabajo y de control. Estos nuevos paradigmas de los estudios del trabajo, abren retos sobre las maneras de abordarlos teórica y metodológicamente. Lo que aquí se presenta, es el resultado de investigaciones concretas, pero que implican reflexiones más amplias sobre abordajes teórico-metodológicos en la temática laboral. Este libro da cuenta de la consolidación de la investigación de los nuevos estudios laborales, en particular en el posgrado en estudios laborales de la UAM-Iztapalapa.

MARCELA HERNÁNDEZ ROMO



LOS NUEVOS ESTUDIOS LABORALES EN MÉXICO

LOS NUEVOS ESTUDIOS LABORALES EN MÉXICO

PERSPECTIVAS ACTUALES

MARCELA HERNÁNDEZ ROMO
COORDINADORA



**LOS NUEVOS ESTUDIOS
LABORALES
EN MÉXICO**
PERSPECTIVAS ACTUALES

SERIE
ciencias
sociales
TERCERA DÉCADA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Dr. Salvador Vega y León
Rector General

M. en C. Q. Norberto Manjarrez Álvarez
Secretario General

UNIDAD IZTAPALAPA

Dr. J. Octavio Nateras Domínguez
Rector

Dr. Miguel Ángel Gómez Fonseca
Secretario

Dra. Juana Juárez Romero
Directora de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dr. Enrique Cuna Pérez
Jefe del Departamento de Sociología

Dra. Alicia Lindón Villoria
Coordinadora del Consejo Editorial de la División de CSH

Mtro. Mario Alberto Zaragoza Ramírez
Asistente Editorial del Departamento de Sociología

LOS NUEVOS ESTUDIOS LABORALES EN MÉXICO

PERSPECTIVAS ACTUALES

MARCELA HERNÁNDEZ ROMO
COORDINADORA



MÉXICO

2014

Esta investigación, arbitrada por pares académicos,
se privilegia con el aval de la institución coeditora.

Primera edición, octubre del año 2014

© 2014

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

San Rafael Atlixco núm. 486

Col. Vicentina, Iztapalapa 09340 México, D.F.

tel: 5804-4788, tel./fax 5804-4755

ISBN 978-607-28-0136-3

Responsable de edición: Mario Zaragoza Ramírez

© 2014

Por características tipográficas y de diseño editorial

MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 978-607-401-779-3

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPORRÚA, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS

www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Los nuevos estudios laborales en México. Perspectivas actuales, se terminó en la Ciudad de México durante el mes de octubre del año 2014. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.



ISBN 978-607-28-0136-3 UAM-1
ISBN 978-607-401-779-3 MAP

Índice

Preámbulo		
<i>Marcela Hernández Romo</i>	5	
PARTE I		
LA PERSPECTIVA ANGLOSAJONA, UNA REVISIÓN DE LO CLÁSICO Y LO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS LABORALES Y DE RELACIONES INDUSTRIALES		
Capítulo I		
La polémica de la convergencia o divergencia en las relaciones laborales en el ámbito internacional		
<i>Harry Katz</i>		
<i>Nick Wail</i>	19	
Capítulo II		
La polémica entre la teoría del proceso de trabajo y la posmodernidad en Gran Bretaña		
<i>Paul Thompson</i>	53	
PARTE II		
CONFIGURACIONES DE EMPRESAS, EMPRESARIOS Y TRABAJO		
Capítulo III		
Una propuesta para el análisis de las empresas y los empresarios.....		69
<i>Marcela Hernández Romo</i>		
<i>Rolando Salinas</i>		
<i>Giovanna Torres</i>		

Capítulo IV	
Construcción social de la ocupación, identidad y acción colectiva	
<i>Enrique de la Garza</i>	
<i>José Luis Gayosso</i>	
<i>Leticia Pogliaghi</i>	124

PARTE III
TRABAJO, MIGRACIÓN, PROFESIONES Y JÓVENES

Capítulo V	
Migración, trabajo y campesinado en la agricultura globalizada de México y Estados Unidos	
<i>Fernando Herrera Lima, Yolanda Massieu Trigo</i>	
<i>Celso Ortiz Marín, Ulises Revilla López</i>	165

Capítulo VI	
Identidades laborales y profesionales en la industria de la construcción, cromáticas del trabajo	
<i>Raúl Nieto Calleja</i>	
<i>Yutzil Cadena Pedraza</i>	203

Capítulo VII	
La identidad profesional de los médicos de la Fundación Best	
<i>Marco Antonio Leyva Piña</i>	
<i>Santiago Pichardo Palacios</i>	231

Capítulo VIII	
Trabajo, jóvenes y vida cotidiana	
<i>Sergio Sánchez Díaz</i>	
<i>Gustavo Garabito Ballesteros</i>	263

Construcción social de la ocupación, identidad y acción colectiva

Enrique de la Garza*
José Luis Gayosso
Leticia Pogliaghi

INTRODUCCIÓN

En las ciencias sociales, en especial en la sociología, la antropología, la psicología y los estudios organizacionales, la importancia de la identidad no ha sido una constante desde la constitución de estas ciencias (Dubet, 1999). Antes de los años setenta del siglo anterior, la preocupación por la identidad no era relevante porque el orden social supuestamente se mantenía normativamente y a partir de la cultura se interiorizaba en la personalidad y así se adecuaba a los estatus roles establecidos socialmente. Es decir, las personas ocupaban roles en la estructura social, cuyos estatus y funciones habían sido interiorizadas al nivel del inconsciente, aunque no dejaban de implicar también formas de aceptación voluntaria. Este circuito entre cultura, personalidad y rol supuestamente permitía la reproducción de la sociedad. De tal forma que, si se habló de identidades, su importancia era marginal en comparación con la función del sistema cultural. Esta identidad sería con el estatus-rol, aunque en el trasfondo se encontrarían las normas y valores culturalmente interiorizados. Por lo tanto, la identidad no era el origen de la conformidad con el sistema social, sino una de sus consecuencias y, en esta medida, era un tema secundario (De la Garza *et al.*, 2008).

Desde otras perspectivas, como la de los movimientos obreros, era frecuente remitir la acción colectiva de los trabajadores a niveles estructurales —por ejemplo, su situación de explotación—, las llamadas condiciones objetivas. Las subjetivas en la versión leninista se atribuían a la acción

*Integrantes del seminario de trabajo no clásico del posgrado en estudios laborales de la UAM-I. disponible en <http://www.izt.uam.mx/sotraem>

de las vanguardias, que llevarían desde afuera una conciencia de clase a la que no podían acceder los trabajadores por ellos mismos. De esta forma, tampoco aparecía como relevante el problema de la identidad y su conformación, ésta era sustituida por la conciencia de clase y su origen estaba en las direcciones poseedoras de la ciencia de la historia. Hubo excepciones, una de las más relevantes fue la obra de Edward Thompson en donde este problema se plantea en forma mucho más compleja (Thompson, 1980).

Fue hasta la década de los setenta, con la emergencia de los nuevos movimientos sociales, en especial del movimiento estudiantil, cuando los estudiosos se preguntaron si en las ciencias sociales existían teorías sobre movimientos sociales y, en especial, de cómo se generaban identidades asociadas con la acción colectiva. Ni las soluciones normativas ni las de estructuras materiales proporcionaban una explicación de la emergencia de estos nuevos movimientos sociales. Las primeras, porque no había una explicación de cómo los casos desviados con respecto del sistema normativo podía en ciertas circunstancias volverse no sólo masivos sino crear su propia normatividad enfrentada con la del sistema social. Las explicaciones adaptativas de Parsons no dejaban de ser simplistas y poco adecuadas para explicar transformaciones rápidas, como sucedía con los estudiantes en revuelta. La segunda, porque no era posible adjudicar la movilización de este tipo de sujetos a su situación en determinadas estructuras materiales.

En el análisis de los nuevos movimientos sociales el problema de la constitución de las identidades aparecía como central, mediación entre el individuo y la acción colectiva. De esta forma, investigar la identidad se volvió un tema relevante en ciencias sociales, pero en un principio identidades para la acción colectiva y el movimiento social impugnador del sistema social.

Las respuestas vinieron de dos principales vertientes, una fue la del actor racional, perspectiva renacida que venía de la economía clásica y neoclásica, pero ahora aplicada a los sujetos sociales y su constitución. Desde esta perspectiva las respuestas eran fáciles de deducir de los propios supuestos del actor racional: individualismo y cálculo para decidir el curso de la acción. De tal manera que en el movimiento social el actor no dejaría de decidir individualmente y lo colectivo no sería sino la suma de individualidades a las que el cálculo de costo-beneficio podría hacerlas coincidir en entrar en movimiento social. La identidad no sería una convicción sino

un recurso más que utilizan los actores para mejorar su juego. Sin embargo, éste no fue el camino principal que siguió la discusión sobre identidad de los años ochenta a la actualidad, porque el racionalismo implicaba un cierre semántico derivado de supuestos fuertes como los mencionados que limitaban la exploración hacia otras opciones teóricas.

El camino principal fue inicialmente a través del paradigma de la identidad aplicado a nuevos movimientos sociales. Desde esta perspectiva se entraba en el movimiento social en búsqueda de identidad colectiva. Aunque permanecía el misterio de por qué la necesidad de esta identidad colectiva. Algunas corrientes sociológicas en su momento retomaron ideas de la psicología al hablar de necesidades existenciales, protecciones o seguridades ontológicas frente a la angustia existencial (Gidens, 1991), que a veces parecían reediciones del antiguo concepto de naturaleza humana, como veremos más adelante. Este camino psicologista fue el más seguro de llevar la discusión sobre la identidad a partir de los años ochenta del siglo pasado a verla como una autorreflexión de quién soy, del YO con respecto del Mí y del otro generalizado, habría pensado G. Mead desde inicios del siglo XX. Es decir, el definir como problema central el de la identidad con uno mismo vs. la fragmentación de la personalidad o la pérdida de sentido de la existencia. Este énfasis individualista en el problema de la identidad por este tipo de perspectivas se vinculaba con la decadencia del movimiento obrero ya para los años ochenta del siglo XX y la fugacidad de los otros movimientos sociales, además de la afirmación del neoliberalismo, en el plano de las relaciones económicas, con su impacto en las sociales y el sentido común de la gente. Esto es, en una visión del mundo no sólo individualista, sino del progreso por el esfuerzo individual y la deslegitimación de lo colectivo que supuestamente ocultaba ineficiencias y otorgaba privilegios no ganados con el esfuerzo propio. Estas reflexiones algunos las conectaron también con el proceso de individuación a partir de la descomposición de la sociedad feudal, la emergencia del capitalismo, recordando antiguas reflexiones de Weber o de Berger (1958). El vínculo con el psicologismo aparecía como si fuera natural; es decir, si lo que importaba era la identidad individual en el nuevo contexto neoliberal de competencia de todos contra todos, la respuesta de cómo se daba la identidad podría verse como un fenómeno puramente subjetivo individualista, producto de una autorreflexión. Para esto, antiguas terapias psicológicas y psicoanalíticas ayudaban a reforzar la idea

de que las fragmentaciones en la identidad las podría resolver el individuo a través de una reflexión consciente de su biografía y sus traumas, ayudado por el especialista poseedor de la teoría. Paradójicamente, el racionalismo no dejaba de compartir algunos de los supuestos mencionados, primero que la identidad es una construcción individual y voluntaria, pero en este último caso, a diferencia de las corrientes psicologistas mencionadas, resultado del cálculo costo-beneficio.

Sin embargo, había opciones al psicologismo, pero algunas de éstas habían quedado previamente canceladas como la de tipo estructuralista, fuera éste de tipo cultural o material. Se había vuelto ilegítima la concepción de un sujeto sujetado por las estructuras y la tónica era la búsqueda de libertad de elección, para unos como actor racional, para otros dotados de una psicología individualista, pero también resurgieron teorías de la agencia y las hermenéuticas. Las de la agencia, aunque supuestamente no ponían el acento en la estructura sino en la acción, bajo el supuesto de un sujeto producto de las circunstancias y, a la vez, productor de éstas, aceptaba muchas modalidades. La teoría del habitus de Bordieu, que no dejaba de arrastrar supuestos estructuralistas, a la de la estructuración de Giddens, con su concepto tan especial de estructura como normas que guían la acción y que se actualizan en las prácticas, aunque con poca claridad acerca del papel de la subjetividad, a la de Habermas en la que la subjetividad aparecía como mediación necesaria entre estructura y acción. En esta medida, las concepciones sobre la identidad iban desde aquellas por adscripción de clase, con sus habitus característicos, a la determinada por reglas actuadas inconscientemente, hasta aquellas que sí reivindicaban un papel activo y consciente del sujeto en su construcción.

Las recuperadas teorías hermenéuticas y postestructuralistas también entraron en la discusión. Una preocupación común fue tratar de escapar del psicologismo a la Dilthey, cuando el interaccionismo planteó que el significado que importa en la relación social es sólo el que está en la propia interacción; por tanto, que podía obviarse el que aparecería en la conciencia de cada individuo, o en la fenomenología de Schutz cuando distingue significado objetivo de subjetivo. Asimismo, son las tendencias del análisis del discurso que han buscado desligarlo de los actores concretos, de la subjetividad del que practica los actos de habla y el verlos como textos. Estas corrientes han hecho aportes importantes al tema de identidad; sin embargo,

son limitadas en sus concepciones sobre estructuras, casi siempre reducidas al mundo de la intersubjetividad, o al menos el acento se pone en este nivel. Asimismo, su aparente ventaja frente al psicologismo las hace eludir el problema del análisis interno de la subjetividad, porque no es necesario ser psicólogo ni individualista para dar importancia a este nivel como mediación entre estructuras y acciones. Si hablamos de subjetividad no necesariamente habría que reducirla a lo individual, puede ser también una subjetividad social, propia de ciertos grupos sociales, en ciertos parámetros de tiempo y espacio. Además, introducir a la subjetividad no implica necesariamente reducir a la identidad a como aparece en el mundo interno de los sujetos, aunque éstos fueran vistos como sociales. Más bien el interés podría venir en el proceso de construcción de significados y, en esta medida, ese proceso no puede trascurrir sólo en la subjetividad sino en su relación con la cultura, con otras estructuras y sobre todo con prácticas. Es decir, una subjetividad diferenciada del concepto de personalidad del funcionalismo implicaría mayor capacidad de agencia del sujeto en cuanto a creación de significados y decidir la acción, sin desconocer la existencia de estructuras culturales, entendidas como configuraciones de códigos —morales, cognitivos, emotivos, estéticos— para construir los sujetos significados concretos a sus situaciones concretas, utilizando como cemento formas de razonamiento formales y cotidianas. De tal forma que la identidad no estaría nunca dada por adscripciones, sino sería una construcción social, pero una construcción que se alejaría del constructivismo, que podría verse como otra forma de subjetivismo, para incluir en esa construcción estructuras materiales y subjetivas, cultura como estructura, interacciones y acciones. De tal forma que la identidad sería una configuración que incluiría elementos materiales y subjetivos, no adscritos sino construidos por los sujetos sociales dentro de ciertos límites o espacio de posibilidades concreta para construir identidades concretas.

Una concepción como la mencionada es la que se encuentra en los estudios de caso del proyecto de investigación sobre “Trabajo no clásico, identidad y acción colectiva”, de donde se deriva este artículo (De la Garza, 2014). Esta concepción se opone a las otras ya mencionadas, pero en particular a la teoría de la fragmentación absoluta que manejan autores como Bauman y Sennet (De la Garza *et al.*, 2010). No resulta convincente que las identidades dependieran principalmente de la homogeneidad y permanen-

cia de las ocupaciones, en el mejor de los casos ésta sería una versión estructuralista pasada de moda y empíricamente no se puede demostrar tal fluidez del mercado de trabajo para la mayoría de los ocupados en todos los países actualmente. También esta concepción se opondría a las versiones psicologistas y subjetivistas mencionadas. A las primeras porque, aunque se da un papel a la subjetividad, importan por igual estructuras objetivadas y acciones. En las segundas porque no se coincide que la identidad sea pura construcción en el imaginario o en el discurso, sino que tiene componentes estructurales y prácticos que van más allá de las subjetividades y los discursos.

Es decir, en la construcción social de la identidad intervienen estructuras que escapan a la voluntad de los sujetos, pero también su propia subjetividad y sus prácticas. En esta medida la intervención del contexto, en parte estructural, en parte interactivo, es importante. De esta forma los parámetros de tiempo y espacio también lo son, y cuando se forman las identidades no tienen por qué persistir, como tampoco si se fragmentan tienen por qué permanecer así, sino que en términos de grandes grupos sociales puede haber etapas de ascenso o de descenso en la conformación de identidades colectivas. En el periodo actual, por tanto, no se puede hacer abstracción del predominio neoliberal, en la economía, en lo social y en lo cultural y que su establecimiento vino aparejado con dos fenómenos macro de amplia repercusión. Primero la caída del socialismo real y el desprestigio de la socialdemocracia con su intervención del Estado en la economía y su estado social, junto con la derrota histórica del movimiento obrero que se quedó sin utopía. Estos procesos macro se aparejaron con la construcción de estructuras nuevas que presionan a los sujetos sociales: la importancia del mercado y del sistema financiero, nuevas leyes laborales flexibilizadas, limitaciones a la seguridad social y fortaleza de las empresas frente a sindicatos debilitados. En fin, una flexibilización a favor de las empresas de los mercados de trabajo y los procesos laborales. El impacto en los YO individuales ha sido importante. De una seguridad anterior basada en la fortaleza sindical, en pactos corporativos o en legislaciones protectoras se pasó a la incertidumbre y la angustia acerca de la seguridad en el empleo y la capacidad de sobrevivir a partir de los salarios, la pérdida de fortaleza colectiva obrera, junto a la nueva cultura del capitalismo que ha fomentado el individualismo, vinculado también con la flexibilidad en los

trabajos. Sin embargo, esta individualización —que para las mayorías no es sinónimo de satisfacción— se ha traducido en miedo hacia el futuro y, a la vez, en egoísmo individualista frente a sus congéneres. Juega un sentido común ambivalente entre el miedo, la angustia sobre el futuro junto a la creencia en que flexibilidad y reestructuración son inevitables frente a las nuevas exigencias de mercados abiertos. Pero las consecuencias en el YO no son tan unilineales como lo piensan los Bauman y los Sennet. En la capa de trabajadores de altas especialidades, la inseguridad se combina con altos salarios y la satisfacción, aunque sea por corto tiempo, de haber sido los superhombres y *yuppies* exitosos por su propio esfuerzo. En la mayoría, la aceptación pasiva frente a la violencia del mercado —¿servidumbre voluntaria?— pero también el sentimiento de ser de los perdedores, que puede asociarse con fatalismo y desvalorización (Durand, 2011) aunque en contradicción con nuevas formas del odio clasista, pasividad con deslegitimación del orden social, fragmentación de identidades con comunidad de ser de los perdedores.

El sentimiento de ser una capa social amplia de los perdedores, cuando se ha juntado con condiciones estructurales extremas y una opción intelectual capaz de calar en las explicaciones de esa capa social y en la convicción son posibles alternativas, puede convertirse en fuente de identidad de clase. Es decir, no hay una fatalidad ante las pérdidas actuales de identidad e incluso fragmentaciones, aunque por lo pronto éstas aniden ante la ausencia de utopías creíbles por las masas, en que puede haber una mejor sociedad, en que pueden éstas constituir una fuerza que provoque virajes, que opaque el individualismo, los particularismos y el oportunismo y se conviertan en ideas de fuerza de un futuro mejor.

Es en esta línea que nos ha interesado investigar si el trabajo sigue siendo fuente futura de identidad y eje de reivindicaciones para superar la marginación, la precariedad y construir una mejor sociedad. En esta investigación sobre trabajo no clásico probamos que la identidad relacionada con el trabajo existe aún en trabajadores muy fluidos como taxistas (Pogliaghi, 2011) y vendedores ambulantes (Gayosso, 2011). Esto es importante para contradecir a las tesis pesimistas del fin del trabajo como fuente de identidad. Sin embargo, por ahora esas identidades encontradas con el trabajo, con su comunidad de trabajadores y, a veces con su organización, tiene un carácter gremialista, del grupo ocupacional e incluso dentro de un espacio

restringido. Estas identidades se reproducen normalmente en los casos estudiados en forma espontánea, aunque en el futuro pueden ser la base de indentificaciones más amplias, no sólo dentro del mismo gremio, que ya se dan por ejemplo en microbuseros e incluso entre taxistas o vendedores ambulantes, sino junto con trabajadores asalariados. Uno podría pensar que el impulso inicial podría venir de abajo hacia arriba, de los que no tienen nada que perder en condiciones estructurales extremas e incluso presentarse con mayor probabilidad entre no asalariados por las condiciones de control que priman en las empresas formales por parte de gerencias y sindicatos. Sin embargo, se trata de un proceso complejo, puesto que incluye niveles estructurales diversos, formas contradictorias en las configuraciones subjetivas y acciones. Porque el concepto actual de “los que no tienen nada que perder” no sólo debe referirse a la desprotección casi total, sino la inseguridad amplia y una servidumbre real o imaginaria a las clases dominantes que puede convertirse en su contrario, el trabajo como realización y como solidaridad.

Sin embargo, no queda resuelto el problema de la centralidad del trabajo en la conformación de identidades futuras pensando en la identidad inicial de los que no tienen nada que perder, porque podría adoptar la forma de la identidad de los precarios por sus condiciones de vida más que de trabajo. Para esto habría que volver a una tradición olvidada en los estudios del trabajo, el vínculo entre trabajo y economía política. Es decir, el privilegio en el análisis del circuito ampliado de acumulación de capital a escala global, que no lleve a estructuralismos ya superados, pero que tampoco independice a los sujetos de su ubicación en dichos circuitos. Una primera operación indispensable es revisar el concepto de producción material, dejar de verla como industrial (manufactura, extractiva, construcción), que sigue siendo importante, pero ha cedido su primer lugar a los servicios. En éstos el contenido relacional y simbólico se acrecienta, sin negar que ambos existan en la industria. Además de que no hay que entender por material sólo lo físico material, sino todo aquello objetivado que tienen una existencia separada de sus creadores. Con esta definición habría producciones simbólicas objetivadas —diseños, software, música. Relacionada con esta producción de servicios para el consumo personal o el de las empresas se encuentra la nueva capa de asalariados privilegiada —científicos, diseñadores, actores, expertos en mercadotecnia, corredores de bolsa—, que no

deja de ser una minoría dentro de los ocupados. La mayoría de la población del planeta está sujeta a la explotación, sea en forma directa al generar valores para otros como asalariados, o en forma indirecta como una parte de los trabajadores no clásicos (formales o informales) cuando son asalariados o por cuenta propia y producen bienes o servicios para la reproducción de los otros trabajadores. Impactan de manera indirecta la acumulación del capital al abaratar los costos de reproducción de la mano de obra. De esta manera cuentan en la valorización del capital a escala global.

Entre los trabajadores de los servicios, los hay que producen productos simbólicos separados de sus productores y consumidores como el software, pero también los que producen lo que se consume inmediatamente en el momento de la producción, cuando no se puede almacenar lo producido y se deposita en la propia subjetividad del cliente. Es decir, una parte importante de la producción de valor en la actualidad implica ciclos muy cortos entre producción, circulación y consumo y la necesidad de acelerar los procesos aumenta la volatilidad del valor y la incertidumbre del mercado opera en tiempo real. Sin embargo, aunque el valor generado en estos procesos es muy volátil y de corta vida, queda la ganancia del capital, los salarios de sus propios empleados o indirectamente a través de los ingresos de los que trabajan para la reproducción de estos asalariados. Cuando el circuito de acumulación pasa por las finanzas estos tiempos se acortan y grandes cantidades de valor se crean o destruyen de la noche a la mañana. Es decir, la volatilidad del capital aumenta la incertidumbre en la ocupación y en la capacidad de sobrevivencia de empleados y autoempleados. Esto los identifica en abstracto. Es decir, el trabajo abstracto da la potencialidad de la identidad, pero ésta no tiene la necesidad de volverse concreta. Lo más espontáneo puede aparecer en las capas más desprotegidas e inseguras como injusticia de la riqueza frente a la pobreza, pero en todo caso puede ser un punto de partida sensibilizador de capas menos precarias de trabajadores. Es decir, la posibilidad de la abstracción de las diferencias tampoco puede dejar de lado los sentidos comunes, aunque para llegar a niveles superiores de amplitud y profundidad en la identificación se requiere de una utopía creíble, de amigos compartidos y de enemigos claros, una utopía que incluya una argumentación convincente de por qué la sociedad tendría que cambiar y en cuál sentido.

Por lo pronto, en esta investigación ha quedado demostrado que las relaciones sociales cotidianas en estos trabajos no clásicos son fuentes de identidad, a veces fuertes y otras débiles relacionadas con el trabajo, junto a otras de individualismo y fragmentación. Pero que esto último no es una fatalidad, que el periodo neoliberal con sus reestructuraciones y promesas ha influido mucho como limitante para la constitución de identidades amplias. Sin embargo, el impulso neoliberal ya da muestras de agotamiento, en lo material para permitir crecimiento económico y de los empleos, y en lo subjetivo como ánimo de la gente y preferencias teóricas de los intelectuales. Sorpresas podríamos esperar en tiempos no muy lejanos.

LOS TAXISTAS DE LA CIUDAD DE MÉXICO,
TRABAJO E IDENTIDAD

(Pogliaghi, 2011)

En 2011, operan en la Ciudad de México más de 130 mil taxis con concesión legal, a la par que algunos irregulares o “piratas” y de coches particulares que ofrecen también el mismo servicio, pero sin concesión y sin la utilización del taxímetro para calcular el cobro del pasaje, conocidos como “taxis ejecutivos”.

Los taxistas pueden trabajar de manera libre, buscando pasaje y transportando sin un recorrido fijo ni una vinculación a alguna base o sitio. También pueden operar asociados a una base o sitio que prestan el servicio mediante espacios físicos autorizados donde el taxista recoge al pasajero, y que pueden o no contar con servicio de radio. La tercera forma de trabajar es bajo la modalidad de taxi turístico que es aquel que se ubica fuera de hoteles u otros lugares autorizados y que cobra tarifa convencional, no por taxímetro sino por distancia fija a recorrer.

Para 2010 son 1,943 sitios y bases habilitados (Secretaría de Transporte y Vialidad, 2010), aunque existen también otros no registrados, que son administrados por más de 300 organizaciones de taxistas, en su mayoría asociaciones civiles, aunque también hay sociedades civiles, sociedades anónimas, cooperativas, sindicatos y agrupan al 30 por ciento aproximadamente de los taxistas de la ciudad. Es decir, alrededor del 70 por ciento los

operadores trabajan de manera libre y no cuenta con una afiliación a ninguna agrupación gremial de taxistas.

Las relativamente pocas barreras al ingreso explican en parte por qué muchas personas al ser despedidas de un trabajo anterior o quienes aún no estando en condición de desocupación, pero consideran que sus ingresos no son satisfactorios, se integran al servicio de taxis. Sin embargo, es necesario para el ingresante contar con un recurso fundamental: dinero para adquirir un automóvil o las placas, o bien personas allegadas —especialmente familiares, amigos, compañeros de algún trabajo anterior— que brindan información de a quién rentarle y cómo acceder y de cómo desarrollar la ocupación, que también muchas veces colaboran con dinero para la inversión inicial.

Estas redes de confianza (Lomnitz, 1998) se vuelven fundamentales en un sector de actividad donde no existen canales formales establecidos para el acceso y la información, o el poder llegar a esa información suele estar limitado. Las recomendaciones y experiencias de personas cercanas suelen ser el incentivo para el ingreso, la fuente que provea el “saber cómo” realizarlo y en ocasiones también el contacto con quién pueda officiar como arrendador del vehículo o quien facilite los recursos económicos necesarios para comenzar a trabajar.

Desde el punto de vista formal, el mercado del taxi tiene muy pocas barreras para el ingreso de trabajadores, aunado a una laxitud en la aplicación de la ley, específicamente el hecho de que puedan circular vehículos irregulares prestando el servicio, hace que el taxi opere como un nicho ocupacional que nunca llega a llenarse. Cuando ante la presión social, la necesidad de recursos o el apoyo político, en un momento determinado las autoridades públicas deciden regularizar irregulares, aumenta el padrón vehicular de taxis legales, pero en poco tiempo nuevos irregulares aparecen en escena.

Hay cierta regularidad en cuanto al motivo que lleva a ingresar a la actividad, la situación de desocupación y el pasar un tiempo buscando trabajo; o bien aunque no se encuentran desempleados, esa otra ocupación no les brinda el dinero necesario para cubrir sus gastos de reproducción o los del estándar de vida que desean tener.

Pero la facilidad para el ingreso y el desempeño de la actividad explican en parte que muchos de los taxistas no sean operadores de oficio y que

puedan encontrarse entre ellos personas ajenas al volante, como por ejemplo, los profesionistas. Sin embargo, es usual que aquéllos con una formación formal mayor que ingresaron a la actividad como alternativa a no estar desocupados, la abandonen en poco tiempo. Esto sucede debido a que en la realidad los ingresos que pueden generar no son demasiado altos —o al menos no en el nivel al que estaban acostumbrados—, la jornada laboral es extensa y, muchas veces, el trabajo les resulta estresante.

En general, los taxistas trabajan seis jornadas a la semana, en promedio, entre 10 y 12 horas diarias. Trabajar esa cantidad de horas aparece como una necesidad. Si pudieran trabajarían menos horas, pero necesitan hacerlo si quieren obtener una cantidad de ingresos determinada. Pero otros deciden trabajar más, con el objeto de capitalizar, generar un ahorro, que les permita comprar el coche propio, las placas, nuevos taxis o abandonar la actividad y dedicarse a otra cosa.

Los montos de los ingresos obtenidos dependen de la cantidad de horas trabajadas —si se laboran más horas, es posible realizar mayor cantidad de traslados—, la ubicación de la base o sitio —hay zonas donde hay mayor afluencia de pasaje que en otras y, por otro lado, los sitios tienen tarifas mayores— y la condición de propiedad o no del vehículo —el chofer tiene un costo adicional al deducir de sus ingresos totales el concepto de renta del vehículo. A pesar de estas diferencias, lo usual es que les queden para ellos aproximadamente entre 200 y 300 pesos diarios y la mayoría no se siente satisfecha con sus ingresos.

Respecto de la cobertura de protección social, los operadores de taxis no cuentan con ninguna asociada a su trabajo, por realizar el trabajo bajo la figura de cuenta propia. En ese sentido, más de la mitad de quienes respondieron a un cuestionario declara no estar protegido. Otros tienen algún tipo de seguro, como el Seguro Popular, o figuran como dependientes en el seguro (Instituto Mexicano del Seguro Social o el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado) de algún familiar. Sin embargo, la falta de protección social no es una preocupación primaria entre los taxistas, al menos no es lo que surge al indagar entre las problemáticas a las que se enfrentan vinculadas con su trabajo. En efecto, las problemáticas que surgen como principales son las inmediatas: los ingresos insuficientes, los aumentos constantes de los costos, la inseguridad y el tránsito.

La identidad colectiva se forja en torno a tres códigos principales vinculados con su actividad laboral, a los que los taxistas asignan significados particulares y que articulados generan sentido de pertenencia para con el trabajo, con la comunidad laboral y, en su caso, con la organización colectiva. Ellos son: el sentido de libertad, el saber trabajar y la apropiación del espacio de trabajo.

Si los códigos son analizados por separado podrían no hacer única a la actividad y a la identidad o identidades que se construyen, ya que algunos de esos elementos pueden compartirlos con otras ocupaciones. Es decir, lo que importa es la configuración que resulta de su articulación.

Trabajar por cuenta propia, lo que implica para los taxistas tener márgenes de autonomía laxos para la organización del trabajo, lo que se representa en el sentido de *libertad al trabajar*, de contar con el control para decidir cómo trabajar, del tiempo, de las relaciones sociales que se entablan, de apropiación (real o simbólica) del medio de producción resulta el código principal a significar. Porque la libertad es lo que para ellos los diferencia de los otros trabajadores. Ellos, al contar con esa capacidad de controlar su trabajo, pueden encontrar los aspectos positivos de su ocupación. Pero esos márgenes de libertad son por demás relativos, el control de manera alguna es absoluto, ya que múltiples elementos estructurales y las acciones de otros actores condicionan el autocontrol.

Entre los taxistas que son propietarios del vehículo que operan se presenta un sentido de patrimonio sobre él. Tener coche significa propiedad y, en ese sentido, son los propietarios del medio de producción. No dependen de nadie para trabajar y entonces se consideran autónomos o independientes.

Pero esa significación también se presenta entre quienes rentan, aún sin ser propietarios del medio de producción. Esto porque ellos hasta cierto punto organizan su trabajo y no reciben un salario a cambio de sus labores. También son independientes y no tienen una sujeción estricta a un empleador.

En general, las definiciones propias que construyen los taxistas, lo hacen tomando como punto referencia abstracta al trabajo asalariado. Sin embargo, a pesar de que en ocasiones las relaciones de trabajo en el taxi pudieran asemejarse a ese tipo de relación —el chofer que paga una renta al dueño del taxi—, no lo son de manera estricta ni explícita. Menos aún

los sujetos implicados en tales relaciones las perciben de tal manera. En efecto, para todos, lo que se está desarrollando es una actividad por cuenta propia: es un trabajo autónomo que quien lo ejecuta tiene el control sobre el proceso de trabajo y no existe subordinación. Por lo tanto, tampoco un contrato laboral.

Sin embargo, esta relación de trabajo tiene ciertas semejanzas con una típica relación de trabajo asalariada, especialmente por el hecho de que el medio de producción principal —el vehículo cuando se renta— es propiedad de otro que no es quien lo utiliza. El trabajador utiliza su fuerza de trabajo para prestar el servicio. Sin embargo, no cuenta con un salario propiamente, mucho menos con los beneficios asociados a éste. Su remuneración es el dinero obtenido por la prestación del servicio luego de deducir los costos de operación y la cuenta diaria. Desde el punto de vista contractual estricta, sería una suerte de relación comercial. No obstante, dadas las características de la relación, y sobre todo por el desequilibrio de fuerzas entre los sujetos y la intervención del propietario del vehículo en la organización del trabajo y en la definición de las condiciones de prestación, existe un grado de dependencia del chofer para con el concesionario en la organización del trabajo.

Todo esto nos hace pensar en que no se trata estrictamente de un trabajo por cuenta propia cristalino. Puede pensarse como una relación comercial tal como los actores la consideran a la fecha, pero también como una relación laboral encubierta o como una figura híbrida. Existe una sujeción económica del chofer para con el propietario, al ser el medio de producción propiedad de otra persona y sin él no pueden generar los ingresos propios, sumado a que por el uso de ese medio de producción debe pagarse una cantidad de dinero, esa dependencia existe.

Entre quienes son propietarios del medio de producción y los que no, podemos afirmar que existen diferencias tanto en condiciones de trabajo como en la apreciación subjetiva sobre el trabajo. Quienes son propietarios tienen una estabilidad mayor en la actividad, una antigüedad mayor y una propensión mayor a no abandonarla para irse a trabajar como asalariado en una empresa. Además, ganan un poco más de dinero que los que rentan el taxi. Pero son ellos quienes se encuentran más inconformes con lo que obtienen y con las tarifas vigentes. También entre los propietarios encontramos una tendencia mayor a organizarse colectivamente, o al me-

nos a incorporarse en una agrupación de taxistas para trabajar en bases o sitios.

Sin embargo, en ocasiones, algunos choferes cuando se refieren o piensan en la persona a quien rentan el coche, lo nominan como “patrón”. Pueden considerar o no al otro como un empleador, no autodefinirse como “trabajadores”; sin embargo, las relaciones sociales que se generan alrededor de la renta configuran una relación de trabajo que no es propiamente la del trabajador por cuenta propia, aunque tampoco la típica asalariada. Sin embargo, hasta cierto punto las tensiones o diferencias de clase propias de esta actividad se matizan por una identificación común, todos son taxistas.

Para todos estos trabajadores el taxi ofrece ventajas que en la relación de dependencia típica no podrían tenerse: salir a trabajar y volver con su cuenta, poder conocer gente de todo tipo, platicar de cualquier tema con ellos, en fin, sentirse libres. En efecto, la referencia a la libertad es más que frecuente.

La identificación como autónomos y la distancia que observan respecto de los trabajadores asalariados, tanto en el caso de los choferes como de quienes son propietarios de vehículo y lo manejan, tienen otra implicación importante. En la gran mayoría de los taxistas no hay una consideración de que los derechos laborales podrían ser aplicados a ellos. En efecto, los derechos y deberes que garantiza la legislación nacional son vistos por los taxistas como privativos de los asalariados y, por lo tanto, allí ellos no tendrían que ser incluidos. Esto vale tanto en el nivel individual, como por ejemplo para el acceso al goce de un seguro de salud, como en el nivel colectivo; es decir, desde su óptica los taxistas no podrían tener un sindicato que los represente a todos. Algunos taxistas que si bien plantean la necesidad de la conformación de un gremio que incluya a una cantidad mayor de taxistas que las agrupaciones actuales, en general piensan en la conformación de una asociación civil.

En síntesis, el hecho de que los taxistas se consideren autónomos y que esto sea considerado por ellos como algo positivo, por poder organizar su trabajo, no significa que no existan controles a éste, y aquéllos provienen de distintas fuentes. En primer lugar, las regulaciones estatales al transporte y al tránsito definen quién puede trabajar y quién no —al menos legalmente—, las tarifas, por dónde y cómo se puede circular, las sanciones

en caso de incumplimiento, entre otras cuestiones. En segundo lugar, los usuarios también controlan de cierta manera el trabajo. La manera más explícita de la intervención de los pasajeros es al fijar la distancia de recorrido con pasaje o al indicar el trayecto que desea que se realice —e incluso la velocidad—. El pasajero forma parte del propio proceso de producción o, dicho de otro modo, del servicio que se está prestando (De la Garza Toledo, 2008). O también, en un nivel de mayor agregación, los pasajeros también influyen en el control del trabajo, por ejemplo, los taxistas deben trabajar en zonas y horarios con mayor demanda de servicio, si quieren tener mayor posibilidad y volumen de trabajo. En tercer lugar, la dinámica del tránsito vehicular también imprime algunos controles al trabajo. El tránsito vehicular, las formas de manejar de particulares y de otros transportistas hace que un taxista no pueda circular a la velocidad y el lugar por donde le gustaría. En todo caso, él tiene que generar las habilidades necesarias para sortear los obstáculos y poder trabajar de una manera aceptable.

Sin embargo, los controles, al no ser absolutos, no definen completamente la forma de trabajar, aunque sí la limitan. No obstante, los taxistas siempre tienen un margen de acción y buscan la manera de arreglárselas para minimizarlos y ser ellos los que ganen espacio de control. Y en ese proceso es donde ellos consideran que son autónomos y tienen control sobre el trabajo. Es decir, a pesar de que existen controles, para ellos no son absolutos, porque pueden sortearlos. Por ejemplo, para el caso de las tarifas, los taxistas alteran el taxímetro o establecen una tarifa fija para recorrer una distancia determinada. Esto es ilegal y ellos son conscientes de ello.

Trabajar con un taxi no es sólo subir a un pasajero, manejar y dejarlo en destino. Realizar esa rutina que parece tan sencilla implica el despliegue de una serie de habilidades que los operadores deben desarrollar. Son, por un lado, una forma práctica de sortear los controles, por el otro, fuentes de orgullo para los taxistas. En efecto, a pesar de que en principio no se requiere una formación específica para ingresar a la actividad más que saber manejar, esto no quiere decir que los operadores no generen saberes específicos que sirven como diferenciadores entre ellos, entre “los de oficio” y “los transitorios”, o incluso también en la percepción de los pasajeros sobre los operadores.

Entonces la calificación puede pasar por el conocer la ciudad para saber por dónde conviene circular o dónde se puede conseguir pasajeros; estar al tanto de sus calles, cuáles se encuentran cerradas y por lo tanto no se puede circular; cuáles son los caminos más rápidos o cortos para llegar a destino; distinguir zonas peligrosas para no pasar por ellas o cómo debe manejarse allí para no ser víctima de algún delito. La calificación también puede reflejarse en el conocer los horarios en los cuales conviene trabajar o conocer la dinámica del pasaje —horarios y lugares donde es posible conseguir pasajeros— o identificar aquellos que pueden convertirse en clientes habituales y generar con ellos una relación que les permita consolidarlos como tales. Y una calificación adicional es el saber reparar el vehículo que manejan, ya que se ahorran dinero en taller mecánico y refacciones.

Pero no todos los taxistas cuentan con todas estas habilidades. Tenerlas o no nos permite dividir analíticamente a los taxistas en dos grupos. Por un lado, los taxistas de oficio que son —hacia dentro del gremio y para los clientes— quienes saben trabajar y son profesionales al volante. Incluso entre ellos hay quienes se desempeñan y se autodenominan “servidores públicos”.

Por otro lado, podemos reconocer a los taxistas temporales —aunque temporal no necesariamente signifique que permanezcan poco tiempo trabajando en el taxi. Estos taxistas ingresaron en la actividad porque no conseguían otro trabajo y no generan un mayor interés por permanecer en ella o al menos compartir ciertos códigos de conducta y maneras de prestar el servicio entre los compañeros y para con los pasajeros.

Pero el hecho de contar con todas o algunas de las habilidades precisas para desempeñar de manera eficiente la ocupación son las que definen el saber trabajar. Y para los taxistas, saber trabajar —es decir, contar con calificaciones para desarrollar el oficio y ser un buen taxista— es fuente de orgullo para ellos. Les confiere también satisfacción a los sujetos al sentir que dominan su trabajo.

Esos saberes, junto con el sentido de libertad al que aludimos antes, de alguna medida, contrarrestan los aspectos negativos del trabajo: las condiciones de trabajo (largas jornadas, pocas o ninguna prestación, ingresos en continua baja), la exposición permanente a posibles situaciones de inseguridad y violencia, el desprecio de algunos conductores particulares y pasajeros. Por lo tanto, en una ocupación donde quien la desarrolla se encuen-

tra socialmente desprestigiado, donde se suele considerar que cualquiera puede trabajar, donde “si no queda de otra”, si uno está desocupado puede ser taxista; es decir, que ofrece la posibilidad de cubrir las necesidades mínimas y además de manera inmediata, los taxistas encuentran en los saberes que implica trabajar el taxi —o al menos, para trabajarlo bien— un elemento diferenciador ante los demás y hacia dentro del gremio.

Por lo tanto, podemos sostener que el segundo código de importancia en la configuración de la identidad es el saber trabajar. Porque primero, estratifica a los taxistas hacia dentro del gremio; segundo, muestra un estatus diferente hacia los clientes y los clientes también los colocan en estatus distinto, y tercero, les permite ganar control en el trabajo.

El tercer código fundamental en la construcción identitaria de los taxistas es la relación con su espacio de trabajo —el espacio urbano, el espacio público, “la calle”—, la relación que se genera con él y las múltiples relaciones que en él se suceden. Existe una implicación mutua entre el taxi y la ciudad. El espacio urbano es el ámbito físico, relacional y de significación del trabajo para los taxistas. Las prácticas desarrolladas por ellos durante el proceso de trabajo impactan de forma diversa ya sea reafirmando, transformando o creando nuevas estructuras, interacciones y significaciones en el espacio urbano, en las personas que residen, trabajan o transitan por él.

En ese proceso dialéctico de influencia entre espacio y actividad laboral se construyen los significados sobre la ciudad en general y entre ellos algunos resultan de especial eficiencia en la conformación de la identidad de los taxistas. El uso del espacio público para su trabajo implica que el mismo trabajo da connotaciones particulares al espacio urbano. El número de taxis en circulación y su forma de trabajo afectan la congestión vehicular. Sus maneras de manejar muchas veces producen una reacción negativa por parte de otros conductores.

En el espacio público de la ciudad convergen múltiples actores con intereses diversos. Algunos son transeúntes, otros trabajan, otros utilizan y ocupan el espacio público para laborar, como los taxistas. Confluyen necesidades e intereses divergentes o convergentes y a veces opuestos que pueden llegar a convertirse en un conflicto. Las fuerzas con las que cuentan, su capacidad de presión y resistencia sobre la administración pública, hará que determinados actores hagan prevalecer sus intereses por sobre

los de los otros. En estas interacciones sociales, por lo tanto, también se construye el espacio urbano.

Y los taxistas no desconocen esa situación y en ocasiones es fuente también de orgullo y de importancia, ya que se consideran por ejemplo, “la primera imagen que un turista tiene de la ciudad”. Son ellos, no otros sujetos, los que introducen al foráneo en la estructura urbana y cultura de la Ciudad de México.

Para realizar su actividad laboral los taxistas ocupan el espacio público y ejercen un control sobre él que otros actores de la ciudad no pueden ejercer. Esa ocupación en parte es habilitada a través de las regulaciones legales. El Reglamento de Tránsito Metropolitano, específicamente, ubica a los taxistas —como prestadores de transporte individual de pasajeros— en tercer lugar en el orden de prioridad de utilización de las calles para la realización de desplazamientos. Ahora bien, las regulaciones por sí solas no determinan la manera de la ocupación, la utilización y menos aún de la apropiación que hacen del espacio público. A diario es común que los taxistas, en la búsqueda de pasaje, de llegar pronto al destino o por simple decisión personal pasen por sobre a los que la norma da prioridad. Y por sobre quienes vienen por detrás de ellos en ese listado también, los usuarios de transporte particular, por ejemplo. Pero no porque la regulación lo indique sino por las interacciones sociales que a diario se generan en la calle. En general, los transportistas consideran que tienen prioridad por sobre todos los demás porque ellos se encuentran trabajando. Es decir, en la ocupación del espacio público, desde su óptica, prima el derecho al trabajo por sobre algún otro, especialmente el de la movilidad de particulares siempre y cuando no sean ellos quienes están prestando ese servicio.

Ahora bien, al ocupar el espacio para trabajar, aunque habilitados legalmente, se pone en discusión una de las maneras clásicas de observar al espacio público. Por la apropiación que se da, pareciera que la calle tal como es utilizada por los taxistas sería algo más privado que público. Sin embargo, ellos no son dueños de la calle. Para ocuparla, tienen que entrar en disputa con otros que también la quieren, como los microbuseros, los vendedores ambulantes que se instalan donde un taxi quiere hacer base, con los conductores particulares, pero también entre los mismos taxistas. Y entre estos últimos el control que se quiere ejercer sobre el espacio es en el ejercicio de la actividad por la competencia por el pasaje o bien en el

uso de la calle para la instalación de las bases. Ese espacio público también se concesiona legalmente y desde ese momento el espacio público pasa a ser “propiedad” de la organización o de los taxistas que laboran en la base que allí se instala. Sobre ese espacio los taxistas sienten que sólo ellos tienen derecho, aunque los externos puedan no pensar lo mismo. Pero la habilitación legal o de hecho que se da para la utilización de ese espacio, hace que ese espacio se vuelva el lugar de trabajo —además del otro lugar por excelencia, que es el vehículo.

Alrededor del espacio ocupado, en el que laboran y viven a diario los taxistas se van construyendo significados en torno a la propiedad de ese espacio. Donde el espacio deja de tener esa calificación de público estrictamente para ser cuasi privado. Y en los recorridos diarios y en los espacios públicos que se van ocupando, se va creando un sentido de apropiación sobre la ciudad. Como trabajadores que prestan un servicio público, que pueden hacer uso del espacio “casi” a su placer, la posibilidad que esto les da para conocer distintos ámbitos de la ciudad, distintas personas, socializar con los usuarios, otros taxistas, otros transportistas y toda persona que pueda cruzarse en su día, hacen que el taxista sienta más suya a la ciudad y genere un apego construido entre el padecimiento, la admiración y el desdén por los aspectos negativos que ella reviste. La cara negativa de la ciudad se representa en los taxistas como los problemas urbanos que los apremian en su trabajo, en especial la inseguridad y el tránsito. Es decir, los problemas urbanos son para ellos problemas laborales.

En ese proceso se va generando entre los taxistas una especie de “ciudadanismo”, un sentimiento de pertenencia, orgullo y defensa de la Ciudad de México, que destaca los aspectos positivos a pesar de los perjuicios que ella pueda detentar. Es que en ese sentir de la ciudad, al estar viviendo la ciudad mientras trabajan, a los taxistas se les abre la posibilidad de socializar, de generar interacciones sociales que hacen que su trabajo se vuelva ameno.

Además, esa defensa y sentimiento de apego a la ciudad es desde otro punto de vista la defensa y sentimiento de apego al espacio de trabajo. En ese sentido, la ciudad se vuelve parte central del trabajo, no sólo en sentido estructural en tanto los taxistas utilizan sus calles para trabajar o que las normas de la ciudad regulan la prestación del servicio, sino que también se vuelve indisociable de la misma actividad de trabajar en sentido subjetivo.

El trabajo en la calle permite que se generen múltiples relaciones sociales con diferentes grupos de personas. Esas relaciones que se generan también son de especial importancia en la constitución del sentido de pertenencia. Conocer personas de diferentes clases sociales, poder relacionarse con ellas y generar vínculos de órdenes diversos particulariza a esta forma de trabajar. No en cualquier ocupación el trabajador entra en contacto con pasajeros y policías, con funcionarios públicos y transeúntes, con otros transportistas y con otros conductores de vehículos. Con otros taxistas también, pero el tiempo diario compartido con ellos es menor que con los demás. Y esas relaciones que se generan pueden ser armoniosas, pero también conflictivas. Esa multiplicidad de relaciones hace que se generen también percepciones positivas o negativas sobre el trabajo propio.

Y en las interacciones, los otros con los que se entra en relación también significan al taxista, a su trabajo y a sus organizaciones. Esos significados que los demás tienen de los taxistas también influyen en las significaciones propias de los operadores, aceptándolas, generando resistencias contra ellas y a veces confrontándolas. Es decir, se vuelven también elementos alrededor de los cuales también se va construyendo la identidad.

Estos tres códigos principales, ¿cómo se articulan para constituir el sentido de pertenencia colectivo? Lo hacen en el mismo ejercicio de la ocupación por el hecho de compartir similares condiciones de trabajo, maneras de trabajar, conflictos y relaciones sociales, aún cuando el desarrollo de la actividad laboral en general no implique el cara a cara entre los taxistas e incluso la mayoría de las veces ni se conozcan.

Esto no nos debe hacer pensar que existe una única manera de pertenencia. En efecto, existen heterogeneidades y contradicciones a las que ya hemos hecho referencia. Hay fronteras entre los choferes y propietarios; entre los taxistas de oficio y los temporales; y entre los taxistas libres y los que trabajan adheridos a alguna organización. También sería un error pretender mostrar una fragmentación total. Por ello es que hablamos de "identidades en plural". Y a pesar de las diferencias intergrupales, algunos significados son compartidos por todos: son todos "trabajadores libres" y "trabajadores al volante". Los códigos de la libertad, el saber trabajar y la apropiación del espacio se refuerzan de manera triádica conformando una configuración identitaria específica de los taxistas. Esa configuración les permite además construir la alteridad, construir un "otro", el diferente a los

taxistas. Que en los taxistas de la Ciudad de México es el gobierno. El enemigo es la autoridad gubernamental que tiene incumbencia sobre su trabajo; es decir, aquellos agentes que tienen injerencia directa con el taxi. Los funcionarios de la Secretaría de Transportes y Vialidad, del Instituto de Verificación Administrativa, inspectores y policías. Es decir, aquellos que los controlan y que les imponen reglas y sanciones. Entonces, la construcción del “otro”, del diferente y opuesto a “nosotros los taxistas” se realiza alrededor de las interacciones, negociaciones y conflicto (Giménez Montiel, 1997), que son para éstos las que impiden desarrollar la actividad laboral como desearían, con el máximo de autocontrol posible y con el menor costo económico posible.

LOS TIANGUISTAS, IDENTIDAD
Y ACCIÓN COLECTIVA: LOS CASOS DEL CENTRO HISTÓRICO
DE COYOACÁN Y DE EL SALADO EN IZTAPALAPA

(Gayosso, 2009)

El Tianguis Cultural de Artesanías de Coyoacán comenzó su formación a inicios de los años ochenta por un grupo de jóvenes que provenían de diferentes espacios de venta, ubicados sobre todo en la Alameda Central, la Zona Rosa y la Ciudad Universitaria, quienes se incorporaron a la venta de artesanías primero de manera dispersa y, posteriormente, instalándose de forma conjunta en el Jardín Centenario del Centro Histórico de Coyoacán.

El grupo inicial de comerciantes artesanos instalados estuvo conformado sólo por 20 personas, hecho que contrasta con los cerca de 400 hacia 1995 y a los 550 comerciantes oficialmente reconocidos en 2008, quienes se agrupaban en cerca de 20 distintas organizaciones gremiales, entre las que destacan la Asociación Nacional de Artesanos de Coyoacán (ANAC), la Unión Nacional de Artesanos Independientes 18 de Agosto, y la Organización de Artesanos Independientes “Manos que hablan”. Un dato relevante es que, actualmente, alrededor de un 25 por ciento se mantiene como productor artesanal y comercializador de sus propios productos, en tanto que el resto, un 75 por ciento, se dedica a la reventa de artesanías, de las cuales se proveen tanto en el centro histórico del Distrito Federal, como en algunos estados de la República.

En el periodo de existencia del tianguis, los comerciantes mediante sus organizaciones gremiales llevaron a cabo diversos acuerdos con la autoridad en turno con el fin de mantener cierto orden en su operación y así evitar un posible desalojo, cumpliendo con las normas mínimas establecidas en el Programa de Reordenamiento del Comercio en la Vía Pública (PRCVP). No obstante, en marzo de 2008 la autoridad de la delegación Coyoacán, encabezada por Heberto Castillo, decidió desalojarlos de su espacio de trabajo⁴ dando origen a un proceso de acción colectiva por parte del contingente mayoritario de comerciantes, la cual se prolongó hasta fines del año 2009, momento en que alrededor de 250 vendedores fueron reubicados en el Bazar Artesanal Mexicano, una fracción más, principalmente de artesanos, fue instalada en la Casa del Artesano y otro grupo de comerciantes optó por continuar en resistencia hasta que lograron que fuera cedido por parte de la autoridad un espacio dentro del edificio delegacional.

En los 20 años de operación del tianguis se fue estructurando el espacio ocupado por los propios tianguistas, quienes laboraban en él solamente los fines de semana y días festivos, en una jornada de trabajo de 9 de la mañana a 10 de la noche. La cantidad de comerciantes aglutinados dentro del Jardín Centenario, primero, y después también dentro de la Plaza Hidalgo hacia el año 2008 fue de 559, de acuerdo con el último padrón levantado por la delegación.² Dicha dinámica de trabajo de los comerciantes no ha variado en lo fundamental a partir de su reubicación en septiembre del 2009, tanto en el Bazar Artesanal Mexicano y en la Casa del Artesano como en el patio de la delegación.

La mayoría de estos comerciantes concretaban —sobre todo en el periodo de auge del tianguis aunque luego cambió la situación dos procesos de trabajo distintos, pero complementarios. Por un lado, los fines de semana se dedicaban a la venta de las artesanías en el tianguis; por otro, durante el resto de la semana llevaban a cabo el proceso de producción de dichas

⁴En el mes de febrero de 2008 los artesanos de Coyoacán llevaron a cabo su primera movilización en contra del inminente desalojo del que serían objeto y del que tenían ya noticia por comentarios hechos por las autoridades de la delegación. Información publicada en el periódico *La Jornada* el 22 de febrero de 2008 con el título: "Protestan artesanos por la posible salida del Jardín Centenario".

²Según el documento emitido por el Gobierno Delegacional en 2006, donde se publica el Acuerdo firmado entre autoridades y comerciantes, después de una revisión y actualización del número de oferentes en los Jardines Hidalgo y Centenario del Centro Histórico de Coyoacán, la cantidad de integrantes era el siguiente: 1) Comerciantes con permiso 502, 2) Comerciantes con antecedentes pendientes de regular 17, 3) Comerciantes sin permiso 40, Total: 559.

artesanías en los pequeños talleres familiares que habían constituido para tal fin. Así, el perfil del vendedor del tianguis de artesanías, entonces, era también la de ser un pequeño productor. Situación que, al cabo de los años y con el aumento de la competencia interna y la introducción de mercancía no artesanal, se fue soslayando por parte de la mayoría de los integrantes del tianguis, quienes optaron por consumir los productos artesanales ya elaborados con el objetivo de revenderlos.

La situación a partir de la reubicación de los tianguistas a tres espacios cerrados y diferentes modificó sólo parcialmente sus condiciones de trabajo, sobre todo en lo que se refiere a las desventajas de trabajar en un espacio abierto: las inclemencias del tiempo y el esfuerzo de colocar y desmantelar el puesto. Pero, aspectos como la jornada de trabajo, la falta de seguridad social, y la incertidumbre legal del espacio que ocupan siguen estando vigentes.

Por otro lado, dentro de la gama de tianguis que existen en la Ciudad de México, y particularmente dentro de la delegación Iztapalapa, el tianguis de El Salado es considerado uno de los más grandes de México y de América Latina, pues abarca alrededor de cinco unidades habitacionales; en él laboran cerca de 12 mil comerciantes. Este tianguis fue creado en 1975 por un grupo de personas³ que vendían cada miércoles objetos de segunda mano conocidos comúnmente como “chácharas” y una diversidad de productos de consumo para el hogar. Pero es a mediados de los años noventa cuando se incrementa considerablemente el número de comerciantes, así como se diversifica el tipo de mercancía ofrecida; sobre todo se comienza a introducir mercancía de carácter ilegal como piratería, fayuca y productos robados. Los fundadores del tianguis fueron pobladores reubicados en la zona oriente de la capital provenientes de vecindades y colonias marginadas del centro de la Ciudad de México;⁴ un contingente importante de

³El tianguis se funda por un contingente de personas residentes de la Unidad Ermita Zaragoza y de la colonia Santa Martha Acatitla, teniendo con el transcurso del tiempo una amplia demanda de nuevos comerciantes provenientes de diversas colonias populares de Iztapalapa y de los municipios aledaños del Estado de México. En el año del registro legal del tianguis (1989), en la delegación Iztapalapa se encontraba registrada una cantidad de 3,900 tianguistas.

⁴La reubicación de diversos conjuntos de habitantes de vecindades y colonias marginadas del centro de la Ciudad fue parte de un proyecto gubernamental denominado Programa de Habitación Popular en la década de los setenta, por medio del cual se construyeron diversas unidades habitacionales, sobre todo al oriente de la capital, que era una zona aún con poca densidad de población y con extensiones territoriales sin ocupar.

las personas reinstaladas residía en diferentes vecindades de las colonias Morelos, Tepito y La Lagunilla, quienes se dedicaban justamente a actividades de comercio en la vía pública,⁵ en particular a la venta de objetos usados y chácharas, giros que de hecho eran los que predominaban inicialmente en el antes llamado Tianguis de Cárcel.

Los comerciantes de este tianguis se encuentran afiliados a la principal y más grande de las organizaciones de tianguistas de Iztapalapa: la Federación Nacional de Comerciantes e Industriales en Pequeño de la República Mexicana, la cual alberga a alrededor de 20 mil agremiados.

Generalmente, el tianguis de El Salado se instala semanalmente cada día miércoles por parte de la multiplicidad de comerciantes que arriban a vender provenientes de diferentes partes de la zona oriente de la capital, así como de los municipios contiguos del Estado de México, y una parte menor de los estados vecinos de Puebla, Tlaxcala e Hidalgo.

La complejidad del tianguis en cuanto al número de puestos y la cantidad y tipo de mercancía que se expende parecería suponer una situación de caos y desorganización generalizada en su interior; sin embargo, contrariamente a lo que comúnmente se piensa, dentro del tianguis existe una estructura de distribución y organización del espacio que de ningún modo es espontánea, sino que se encuentra dispuesta por quienes detentan el control directo sobre el espacio utilizado por el tianguis; es decir, la organización de tianguistas. La razón más importante de la necesidad de ordenamiento, por parte del mismo gremio, es que los espacios son limitados y altamente demandados por los comerciantes y organizaciones de tianguistas ajenos que buscan ampliar el territorio que controlan, por lo cual la vigilancia y la estructuración del tianguis es de vital importancia tanto para los usuarios de los lugares como para quien los gestiona y controla. Es decir, el territorio es un espacio de poder, de gestión y dominio de unos grupos sobre otros, por lo cual su cuidado y defensa constituyen la estrategia principal (Montañez y Delgado, 1998).

En el caso de El Salado, la distribución y asignación de los lugares de venta la realiza directamente el delegado,⁶ que es el funcionario operativo de la organización.

⁵Información proporcionada por la licenciada Leticia González, administradora del Centro Social de la UEZ.

⁶La figura jerárquica del delegado tiene la función de administrar y llevar a cabo el control sobre el espacio ocupado por el tianguis y sobre la población que asiste a vender, así

Los tipos de comerciantes que se encuentran en el tianguis El Salado se ubican de acuerdo a quién o quiénes se encargan de atender el puesto que en la mayoría de los casos son los cuentapropistas; sin embargo, existen también casos en donde el encargado del lugar no es necesariamente el titular o “dueño” del puesto sino un empleado, el cual puede ser familiar, una persona contratada para tal fin o bien un arrendatario. De esta manera, dentro del tianguis se encuentran: a) el comerciante titular o propietario, encargado directo del puesto, situación en la que se encuentra la mayoría de los tianguistas; b) el comerciante ayudante familiar sin pago; c) el comerciante empleado que puede ser asalariado o comisionista; d) un arrendatario del titular que puede, a su vez, reproducir los tres primeros tipos; e) el comerciante sin lugar fijo cuyo espacio es rentado o prestado por algún conocido o familiar o asignado de manera fortuita por el delegado de la organización.

No obstante, en todos los tipos de tianguistas prevalece un conjunto de rasgos que comparten como comerciantes que son de la vía pública.

Para el caso de los comerciantes artesanos de Coyoacán, su espacio de trabajo se caracteriza por ser una zona valorada ampliamente por sus rasgos culturales e históricos, expresados en una estructura del espacio que conserva la traza de su asentamiento original como pueblo en la época colonial, por lo que su infraestructura arquitectónica tiene por sí misma un valor importante como patrimonio histórico. Lo anterior implica varias circunstancias, entre ellas, la de ser un espacio ampliamente visitado y rentado por el turismo nacional y extranjero, lo cual ha elevado en las últimas décadas el costo del uso de suelo, ello es importante para nuestro caso estudiado toda vez que justamente los comerciantes artesanos hicieron uso de una parte de la zona del centro histórico de Coyoacán para instalarse como tianguis sin estar obligados a pagar a la autoridad por el arrendamiento del espacio, más que sólo una cantidad simbólica. Lo anterior se suma a otra situación relevante: el sector social que habita en la zona, al cual se le ubica, por el nivel de ingreso y la posición social ocupada, como de clase media y alta, en particular abocada al ambiente artístico e intelectual. Ello configura el espacio del centro histórico de Coyoacán en el que sus habitantes poseen un grado de intervención importante en la

como de realizar el cobro de la cuota semanal al tianguista. Se le nombra delegado porque es el encargado directo del tianguis y el representante del gremio ante la autoridad.

definición de políticas urbanas concretadas por la autoridad, gracias a que el ejercicio de la ciudadanía suele ser mayor, así como el grado de representación política de los vecinos.

En el caso de Iztapalapa, y en particular de la zona en donde opera el tianguis El Salado, la situación es completamente opuesta al espacio del centro histórico de Coyoacán. La zona en cuestión se caracteriza por sus elevados niveles de precariedad, falta de servicios públicos y un grado importante de problemas sociales urbanos, principalmente la delincuencia y la desintegración familiar. Esta parte de la ciudad, aunque su poblamiento data desde la época prehispánica, es a partir de la segunda mitad del siglo XX cuando se masifica y se crean múltiples colonias y conjuntos habitacionales de carácter popular en donde tuvo cabida un amplio sector que había migrado del campo a la ciudad con fines de empleo. Lo anterior enmarcado con un abandono casi absoluto de los programas sociales gubernamentales, los cuales, desde su origen, se han implementado bajo un esquema clientelar y corporativo.

Un punto relacionado con lo anterior es el espacio de origen del que provenían los comerciantes que impulsaron ambos tianguis. Los vendedores artesanos residían (la mayoría de ellos) en colonias de clase media baja de la Ciudad de México, siendo la primera o segunda generación nacida en el Distrito Federal aunque sus padres fueran originarios de diversos estados del país con las condiciones económicas suficientes como para tener la posibilidad de concretar estudios en el nivel medio superior y/o universitarios, lo cual les permitió adquirir una cultura juvenil que era concebida como *contracultural*, la cual estuvo en boga justamente durante el periodo previo a la instalación del tianguis; es decir, la primera mitad de la década de los setenta. Esta contracultura expresada a través del "jipismo", es lo que orientó a quienes conformarían el tianguis de artesanías justamente a apegarse tanto al consumo como a la elaboración de productos artesanales como una forma de resistencia cultural ante las formas de consumo occidental, principalmente norteamericanas. Los comerciantes de Iztapalapa, por su parte, presentan lugares de origen diversos, una gran parte de ellos eran migrantes que provenían de varios estados del país y no contaban con la calificación laboral necesaria como para insertarse en el mercado de trabajo formal; otros, aunque ya contaban con un lugar de residencia en el Distrito Federal y la zona conurbada, sus condiciones de vida tenían bas-

tantes limitaciones, pues habitaban en la mayoría de los casos en colonias de nueva creación ampliamente marginadas, por lo que su inserción al tianguis correspondía a una estrategia de sobrevivencia; una parte más del grupo de comerciantes, aunque oriundos del Distrito Federal, habitaron inicialmente la zona centro de la ciudad, en vecindades y barrios populares como Tepito y la colonia Morelos, en donde ya se dedicaban a la venta de diversos productos, sobre todo de segunda mano. Estos últimos, al ser reubicados a diversas unidades habitacionales al oriente de la capital, no sólo se trasladaron físicamente sino que también llevaron consigo toda su raigambre cultural que habían acumulado como habitantes de esas zonas.

En este sentido, en el caso de los tianguistas artesanos, siendo caracterizados comúnmente como parte del sector de comerciantes informales que laboran en la capital, su emergencia no corresponde al mismo proceso de inserción en esta actividad del común de ese sector; es decir, a una estrategia de sobrevivencia económica, una forma de solventar sus necesidades materiales, sino a la elección voluntaria, pero construida colectivamente, que se fundó como una forma de expresión cultural y no sólo como una actividad de tipo económica. Por otro lado, los tianguistas de El Salado en Iztapalapa, en la mayoría de los casos sí optaron por la venta en tianguis como un medio de sobrevivencia económica, pues como se indicó, el contexto en el que se desenvolvían era de precariedad económica y social.

La forma en que en los comerciantes de ambos espacios concretaron la construcción social de la ocupación, entonces, estuvo condicionada por el espacio en donde optaron por instalar sus respectivos lugares de trabajo mediante el tianguis, así como por el origen social de donde provenían, lo cual permitió que unos concibieran la ocupación como opcional o paralela a otras actividades de índole académica, y los otros no pudieran representarla más que como un medio de sobrevivencia, por lo general, el único del que podían echar mano para solventar las necesidades familiares.

En la medida en que ambos tianguis se consolidaron y aumentó el número de integrantes, en los dos las redes sociales han sido fundamentales para su inserción. Aunque cabe señalar que en la situación de Coyoacán el incremento de nuevos comerciantes siempre estuvo limitado por los propios tianguistas artesanos, quienes desde un inicio decidieron impedir un crecimiento desmedido, pues existía en ellos la conciencia de que en el largo o mediano plazo la saturación de vendedores provocaría también un

incremento de la competencia en detrimento del ingreso general del gremio. En El Salado, en cambio, la limitación del crecimiento nunca dependió de los comerciantes sino de la organización gremial que, contrariamente a Coyoacán, su objetivo estratégico ha sido el de aumentar de manera significativa el número de afiliados. De esta manera, en el tianguis de Coyoacán el ingreso de nuevos comerciantes al espacio pasaba regularmente por el visto bueno de la asamblea de cada organización existente, para lo cual el aspirante estaba de antemano obligado a vender artesanías y, de ser posible, contar con el conocimiento en la elaboración de las mismas; en este proceso de ingreso, bajo estas condiciones impuestas por el gremio, se integró un número importante de familiares de los comerciantes que ya se encontraban establecidos, así como personas que mantenían con ellos alguna relación de amistad. En este caso, la red social gremial era la vía de acceso al tianguis, pero hasta cierto límite. En el caso de El Salado, la integración de nuevos miembros ha sido diferente. Para acceder a este tianguis se tienen al menos tres vías, en las que, no obstante, sigue siendo importante la intermediación de las redes sociales familiares o de amistad: la herencia del lugar y de la ocupación de padres a hijos; la compra del lugar al vendedor titular; el solicitar un lugar al delegado de la organización. La mayoría de los nuevos comerciantes, cuya entrada masiva ocurrió sobre todo a mediados de los años noventa del siglo anterior, ha sido mediante las dos primeras formas, sin encontrarse ningún tipo de limitación salvo el cubrir el requisito de afiliarse previamente a la organización de tianguistas. En ambos casos, la demanda para integrarse a los tianguis ha sido muy amplia por parte de un grueso contingente de vendedores, básicamente por el prestigio obtenido en los dos espacios dentro del mismo gremio como buenos centros de venta; es decir, como tianguis en los que la asistencia de la clientela es masiva así como el consumo de los productos que se expenden.

En Coyoacán, con la consolidación del lugar de trabajo que implicó el reconocimiento y la legitimación del mismo por parte de una clientela recurrente, los comerciantes que no se habían proyectado hacer de esta actividad su ocupación principal, optaron en su mayor parte por soslayar temporal o de forma definitiva su formación académica ante la necesidad de dedicarse a la venta y fabricación de artesanías de tiempo completo, lo cual también trajo consigo la posibilidad de integrar a grupos familiares

completos tanto en el espacio de venta como en los talleres familiares de artesanías; lo anterior en definitiva ancló a los comerciantes a la ocupación y al lugar de trabajo, pues pese a que las condiciones de trabajo continuaron siendo bastante limitadas, sus ingresos aumentaron considerablemente, mejorando sus condiciones de vida familiar de forma significativa. El conjunto de aprendizajes tanto en la venta como en la producción de artesanías motivó además que el comerciante significara su actividad como un medio de realización, más allá de ser la fuente principal de ingresos.

En la situación particular de los tianguistas de El Salado, de manera distinta, la permanencia en la ocupación se ha debido a diferentes circunstancias. Principalmente se destacan condiciones estructurales y subjetivas, entre ellas, la situación del mercado de trabajo urbano que impide por un lado el ingreso o reingreso de trabajadores que se han dedicado a la venta en el tianguis como único o complementario medio de ingresos, por otro, el nivel de cualificación de estos trabajadores, así como aspectos de índole sociodemográfico como la edad, el género, la situación familiar específica que representan fuertes motivantes para que el comerciante opte por permanecer en su ocupación. No obstante también, como se explicó, la existencia de comerciantes con una tradición familiar en la ocupación los predispone de algún modo para que hagan de este mismo trabajo su ocupación principal, la cual generalmente fue aprendida desde una edad temprana. En éstos, el grado de identificación con este tipo de actividad es más complejo y no se limita a un apego de tipo instrumental sino que existen diversos elementos culturales, como la tradición y la costumbre familiar de laborar en el tianguis, que generan en él un sentido de apego importante hacia su trabajo, el cual llega a denotarse como producto de la herencia familiar y, por ende, con un valor emotivo significativo.

Lo anterior nos permite de algún modo entender por qué, en un caso, la actividad se denota no solamente con un contenido instrumental sino también como proyecto de vida y afirmación de una visión del mundo que pretende ser opuesta a la cosmovisión hegemónica, conformando con esto una forma de identidad colectiva basada en un sentido de pertenencia con quienes se comparte justamente esta misma visión, un estilo de vida similar, y, sobre todo, el objetivo común de marcar una diferencia a través de su actividad de venta artesanal con lo que comúnmente se comercializa en la amplitud de centros comerciales formales e informales. Por otra parte,

los comerciantes de El Salado, dadas las condiciones de vida en la que subsisten, y que lejos de superarse se han agudizado en las últimas décadas, su actividad de vender en el tianguis sí corresponde en su mayoría con una estrategia de sobrevivencia, aunque permeada de códigos culturales, pero sin un planteamiento a largo plazo en el desarrollo de su ocupación. Salvo en el caso de los comerciantes cuya antigüedad en el trabajo es amplia o bien que son resultado de la herencia familiar del oficio. En esta situación, la identidad colectiva construida se funda en el sentir grupal de la coparticipación de una experiencia laboral y social común, en el hecho de que la comunidad laboral se encuentra en ese espacio y en esa ocupación atendiendo a una necesidad imperiosa de subsistencia, el fin del trabajo y la forma en que se ejerce implica el objetivo de satisfacer necesidades económicas que se conciben como imposibles o difíciles de concretar mediante otras actividades laborales. Y, si bien, como se detalló más arriba, no se le considere al trabajo en el tianguis como alienante sino, contrariamente, como una forma de afirmación de su autonomía y libertad, tampoco alcanza a ser significado por los sujetos como un medio de realización, el cual más bien encuentra en otros ámbitos como el familiar o el religioso, que a la vez son espacios en los que es posible también la generación de una identidad colectiva entre una parte del conjunto de tianguistas.

Por otro lado, entre los comerciantes artesanos, la particularidad de dedicarse a la venta de un solo tipo de producto les confiere una identidad en su ocupación como artesanos o como vendedores de artesanías (Ramírez, 2005), pero que finalmente confluye en el hecho de ser portadores de una mercancía que no se expende en cualquier espacio de comercialización, lo cual les permite autodefinirse como comerciantes con un carácter exclusivo, y en el caso de los que son fabricantes, su identidad hacia la ocupación pasa por la autodefinición como microproductores, soslayando su representación como simples vendedores de mercancías estandarizadas, con quienes establecen una enfática diferencia. Los comerciantes de El Salado, por su parte, la fuente de su identidad hacia la ocupación no se encuentra, como en el caso anterior, relacionada con el tipo de producto que expenden o cómo lo consiguen, sino por el prestigio que han logrado adquirir dentro del gremio de tianguistas de la zona, por laborar en un espacio como el tianguis de El Salado. Sobre todo porque se mantiene la idea entre el conjunto de tianguistas y de consumidores de la zona, que El Salado es un

espacio donde es posible, para quien trabaja en él, tener ventas abundantes por la cantidad masiva de clientela que asiste cada semana, lo cual se traduce en ingresos mayores a los que normalmente pueden obtener en el resto de los tianguis, de forma importante debido al conocimiento que ha obtenido el tianguista en la interacción con el consumidor, que implica saber atender sus necesidades de consumo; por otro lado, un elemento adicional es el valor que tiene para el comerciante el hecho de vender en un ambiente con el nivel de violencia que existe en la zona. El hecho de tener que enfrentar una situación de permanente inseguridad, en donde la presencia de la delincuencia es recurrente, como parte de su trabajo, le confiere al tianguista la idea de que, pese a dicha situación, el ser un trabajador habilidoso y experimentado le permite lograr el objetivo fundamental de su trabajo; es decir, vender sus productos para captar la mayor cantidad de ingresos posible. De esta forma la identidad con la ocupación se basa en el prestigio que el tianguista logra obtener por trabajar en este tianguis, y lograr conseguir la venta de sus productos de manera eficaz, pese a las condiciones de precariedad e inseguridad que prevalecen en él.

Una situación igual de importante que se presenta en los dos casos estudiados es el grado de interacción social que implica la realización de la ocupación de venta en el tianguis. Además de la posibilidad de autocontrol que tiene el comerciante sobre su trabajo, el poder intercalar las actividades productivas con las reproductivas, como el descanso, la formación o el entretenimiento, resulta muy valorado. Otro de los elementos cruciales en el trabajo del tianguista es el aspecto de la interacción, el cual ocupa un lugar predominante en la constitución de la identidad, tanto hacia el trabajo como con la comunidad laboral y el gremio en su conjunto. La interacción social que forma parte de esta ocupación implica la intervención de una multiplicidad de actores; de hecho, a través de este proceso interactivo es como se concreta el trabajo del comerciante y se estructuran las distintas formas de organización para el trabajo, así como para la defensa del mismo. Si hay algo que resarce las condiciones precarias de trabajo así como el carácter tedioso y monótono de la rutina laboral, son justamente los instantes de interacción en los cuales el comerciante puede concretar no sólo el intercambio comercial, sino también de concretar una interacción comunicativa y estrechar lazos sociales tanto con su clientela como con sus compañeros de trabajo y miembros de su familia. En el caso de Coyoacán

este tejido social construido en la cotidianidad con la clientela, además del valor emotivo que implica el estrechamiento de lazos de amistad, tuvo una función estratégica dentro del movimiento social generado por el gremio de comerciantes artesanos por la defensa de su espacio de trabajo, pues fue gracias al apoyo de la clientela cautiva, una gran parte de ella con relaciones de amistad con los comerciantes, que dicho movimiento pudo extenderse por un tiempo prolongado sin que la autoridad emprendiera un ataque frontal en su contra; en el caso de El Salado, las relaciones sociales establecidas dan lugar a un reconocimiento mutuo entre vendedor y cliente como parte de una comunidad que vive y se reproduce en condiciones de precariedad por lo cual se identifican ambos actores como necesarios uno del otro y como parte de una misma comunidad o de un sector social.

De esta manera, adicionalmente a los demás aspectos del trabajo del tianguista señalados, la interacción social concretada en estos espacios es una parte fundamental que da sentido a la realización y construcción de la ocupación, y al significado que el comerciante tiene sobre su trabajo, con lo cual equilibra de algún modo las carencias que subyacen y que mantienen en incertidumbre su actividad (Alarcón, 2008).

Por último, una situación que también se comparte tanto por los comerciantes artesanos como por los tianguistas de El Salado es su autopercepción e identidad de lo que son como trabajadores, en lo cual interviene de manera importante la cuestión del autocontrol sobre algunos aspectos de su trabajo señalada anteriormente como un rasgo que es común para la generalidad de los comerciantes de tianguis. En ambos casos, el significado que le otorgan los sujetos a su actividad y lo que representa para ellos es la de ser, por un lado, una actividad en la que han demostrado su capacidad para autoemplearse o para generar por sí mismos una ocupación que les ha sido negada por parte del mercado de trabajo formal establecido, tanto por su falta de acceso a empleos asalariados como por la elevada precariedad de los mismos. Esta actividad, a pesar del discurso vertido por los actores que se oponen a ellos, es considerada por sus protagonistas como honesta—en oposición a la representación de ilegalidad que es impuesta por los emporios comerciales. Por otro lado, el carácter de su actividad laboral les lleva a desarrollar un sentido de autonomía y libertad que, de igual forma, es general, por lo menos en los dos casos estudiados. Esta situación particular es ampliamente apreciada por los tianguistas, a tal grado de ser

el principal argumento que fundamenta la motivación del porqué elegir y permanecer en este trabajo. Es decir, la noción de “ser su mismo patrón”, que implica la negación supuesta de un control inmediato y dependiente sobre su actividad laboral así como la alienación del producto de su esfuerzo físico, es lo que da fundamento a su identidad colectiva como gremio. De tal forma que para los tianguistas, tanto de un espacio como de otro, su ocupación es la expresión, en mucho, de una respuesta generada como agentes sociales a una condición social desfavorable, de amplia precariedad social y laboral, por lo cual decidieron, en el momento en que se incorporan a la ocupación, y deciden en la medida en que la reproducen, asumir un comportamiento proactivo y autónomo en la definición de su quehacer laboral, lo cual sí es reconocido por ellos, independientemente de la amplitud o estrechez del espacio de posibilidades para la acción viable para cada uno de los contingentes de comerciantes que se han abordado. Todo ello conlleva un sentimiento de orgullo del comerciante de tianguis por la experiencia vivida de tener la capacidad para autoemplearse y construir y mantener un nicho laboral anteriormente no establecido.

Como se ha destacado, la convergencia en cuanto a los puntos arriba señalados por parte de ambos actores nos permite afirmar, en un nivel de abstracción más general, que la identidad colectiva de los tianguistas se ha constituido, y se constituye, como resultado de la experiencia del sujeto en su mundo de vida laboral y todo lo que a éste refiere. En ello tienen que ver de forma importante las interacciones sociales que establece, las estructuras bajo las cuales enmarca su acción y sus prácticas, y la configuración subjetiva que da lugar a la construcción de un sentido sobre su trabajo que le dota de seguridad y certidumbre en un ambiente que se caracteriza justamente por lo contrario: la incertidumbre, la inseguridad —en su sentido amplio— y por la contingencia en la reproducción de su actividad ocupacional. En particular puede hablarse de una identidad colectiva gremial fundada en una representación y significado de su trabajo como una actividad no alienante, en el sentido de que tanto su quehacer productivo cotidiano como el producto de éste le pertenecen, enteramente, a quien lo concreta; esto es, el carecer de un constreñimiento hacia su trabajo personificado en la figura de un patrón, al menos en el imaginario de los comerciantes, les permite definir su trabajo como una actividad autónoma, libre e independiente: *libre* por no estar sujeto, en apariencia, a coer-

ciones normativas con relación a su trabajo como el ingreso, el horario de la jornada, las formas de trabajo, el tipo de producto, etcétera. *Independiente*, debido a que no se encuentra bajo el mando de un patrón o directivo que le controle y condicione su trabajo como sucede con empleados y asalariados de las empresas formales, sino que la labor del tianguista se concibe por parte de éste como autoempleo o, en algunos casos, como una actividad *microempresarial*.

Y aunque la ocupación del tianguista diste en la realidad de ser completamente libre e independiente, en efecto, algunas de las características que persisten en ella nos lleva a afirmar que, aunque no se encuentra al margen de procesos de control por parte de agentes externos, como se ha explicado, el comerciante sí posee algún grado de control o autocontrol sobre la labor que realiza, aunque éste sea más bien limitado, entre otros factores, debido a las condiciones de trabajo precarias que lo caracterizan. En este último punto en realidad habría que señalar que el padecimiento de dichas condiciones hace necesario en el sujeto el dotar a su actividad de un sentido positivo que le permita desarrollarla eficazmente, pues de lo contrario, el impacto subjetivo sería tan grave como para generar un sentimiento paralizante de inseguridad, al punto de impedir su desenvolvimiento en el mismo. Es decir, al temor, la incertidumbre, la violencia, la precariedad manifestada en la falta de seguridad social para el trabajador y su familia, se le reviste en la subjetividad del sujeto como una parte del trabajo, pero paralelamente, esa situación de desventaja es significada por el trabajador como un reto al cual, como trabajador habilidoso en que es capaz de constituirse, a través de un comportamiento flexible y de adaptación, puede hacerle frente y entonces mostrarse ante los demás como un comerciante exitoso, lo cual le proporciona entonces cierto prestigio ante su comunidad laboral, reforzando de esta forma su identidad con la ocupación ejercida.

De esta manera, en este nivel existe en los comerciantes que fueron sujetos de estudio, un proceso de identidad colectiva gremial basada en su trabajo que es similar y compartida por todos aquellos trabajadores que se dedican a la misma ocupación: el hacer de su sede de trabajo el espacio público urbano, no de forma personal sino colectiva, el emplear una infraestructura simple y precaria de trabajo, el apropiarse del lugar de trabajo sólo de forma temporal —uno o dos días a la semana—, el carácter flexible de su proceso de trabajo que le permiten adecuar su práctica laboral a sus

propias necesidades personales, familiares o colectivas, el carácter del trabajo de ser esencialmente una labor basada en la interacción social permanente, la necesidad de constituir asociaciones gremiales como requisito para poder instalar el tianguis bajo el reconocimiento y aval de la autoridad, el constituirse también como un trabajo de índole familiar en el que la participación de los integrantes familiares, cuando es el caso, es importante para el desarrollo del trabajo dentro y fuera del espacio laboral, la capacidad de autocontrol por parte del comerciante hacia diversos aspectos de su trabajo que le permiten significarlo como una actividad laboral autónoma y libre y por tanto, no alienante, que les permite concebirse a sí mismos como “sus propios patrones”, el tener un interlocutor y más aún, un enemigo en común como lo es en ciertas coyunturas el gobierno, y de forma permanente, el gran comercio nacional y transnacional. Todos estos rasgos presentes en la actividad del tianguista permiten un reconocimiento amplio como gremio, exista o no un nivel importante de interacción y organización entre todos quienes lo conforman, pues como se ha sostenido en este trabajo, la construcción de la identidad no pasa necesariamente por el cara a cara sino que ésta puede construirse en un plano de segundo orden y estar fundamentada en la imaginación del *otro generalizado*, siguiendo a Mead. Por ello podemos afirmar que, en efecto, la identidad del tianguista se construye y se expresa de diversas formas, siendo las acciones colectivas públicas solamente una cara de ellas, y es más bien en su práctica cotidiana como el comerciante expresa su afirmación como trabajador de una ocupación específica y diferente a todas las demás: como un trabajador de tianguis, o sea como *tianguista*. Por encima de ello, no obstante, aún es posible percibir en el discurso del tianguista una identidad proyectada hacia el conjunto de lo que para el sentido común se expresa como comerciante informal, así como de otros tipos de trabajadores autoempleados, pues finalmente, se alcanza a comprender por parte de estos sujetos la serie de elementos que son compartidos comúnmente como un sector social más amplio, y del cual el tianguista forma sólo una parte: un contingente cada vez mayor de trabajadores que se encuentran al margen del mercado formal de trabajo, o al menos de forma paralela a él, pero cuya característica básica es que son trabajadores por cuenta propia, son constructores de la propia ocupación que desarrollan, lo cual puede expresar una capacidad de agencia de estos actores bastante relevante.

CONCLUSIONES

De la síntesis de los casos de tianguistas y taxistas como trabajadores no clásicos, se desprende que en ambos existen códigos que tienden a la identificación, junto a otros que separan, individualizan y hasta fragmentan. Que todos estos códigos conviven en forma contradictoria y, dependiendo de las circunstancias concretas, predominan unos sobre los otros. En especial, frente a un enemigo del colectivo pueden predominar los de aglutinamiento que relegan a los que separan y convertirse en mediación de la acción colectiva, como sucedió con los tianguistas de Coyoacán. Sin embargo, resulta simplista atribuir la identidad colectiva solamente a la emergencia de un enemigo común, en el caso mencionado preexistían códigos de identificación con su trabajo como el sentirse vendedores-artesanos, en un espacio de relaciones cordiales con vecinos y clientes, y con organizaciones relativamente democráticas. La ausencia en el tianguis de El Salado de estas condiciones, limitó en su momento la capacidad de acción colectiva, cuando este tianguis fue agredido por las autoridades gubernamentales. También ha quedado constancia de los casos mencionados que la identidad no es un fenómeno puramente subjetivo, que depende de presiones estructurales. En el caso de los taxistas y de los tianguistas influye la conformación del mercado de trabajo, la falta de empleos dignos y el que la mayoría de los asalariados en la ciudad tengan condiciones precarias de empleo. Asimismo, influyen las reglamentaciones que para los tianguis y para ser taxista establece el gobierno de la ciudad. Otro tanto podríamos decir de las estructuras organizacionales de sus respectivos gremios, en taxistas muy laxas, en tianguistas de Cooyoacán participativas y en El Salado burocráticas autoritarias. La eficiencia identitaria de las estructuras estriba en sus implicaciones para las prácticas (una autoridad mucho o poco estricta con los taxis piratas o con el comercio callejero) y sus traducciones subjetivas en cuanto a lo restrictivo o libre de la actividad relacionada con las presiones estructurales.

Pero la identidad, como quedó demostrado en los casos analizados, toma la forma de configuración de códigos subjetivos de identificación con sus respectivas contradicciones. En ambos casos, el eje de las estructuras, relaciones sociales y formas de significación es el espacio público, y el concepto ordenador central el de apropiación del mismo por estos trabajadores.

Apropiación frente a la ciudadanía en general, y en especial frente a su supuesto representante en el gobierno. Apropiación que implica una débil reglamentación en el caso de los tianguistas o de la instalación de las bases de taxis, a lo sumo llevada a acuerdos o convenios de orden secundario por parte de autoridades administrativas, que no llegan a conformar leyes. Esta debilidad legislativa se traduce en pactos endebles que pueden romperse con cierta facilidad de uno u otro lado y desencadenar el conflicto social. Es decir, esa apropiación del espacio público debe ser vista como permanentemente en disputa, aunque también ordena relativamente los otros códigos que pueden contribuir a la identidad laboral. El espacio público tiene que ver con los conocimientos y habilidades para desempeñar el trabajo, en los taxistas el conocimiento de rutas, de horas pico, de lugares peligrosos; en los tianguistas aunque trabajan en un espacio fijo, a diferencia del taxista, el espacio de trabajo se desborda al barrio y a cómo relacionarse con clientes, otros vendedores y agentes diversos de carácter territorial. En el plano subjetivo, el aspecto central del espacio apropiado —las calles de la ciudad por los taxistas, las cuadradas asignadas para el tianguis con todas sus interacciones— son las argumentaciones de por qué estos trabajadores pueden detentar ese dominio, que puede ir desde las cónicas de “porque podemos”, hasta las justicieras de porque tenemos que comer o las comunitarias de: “realizamos una función pública positiva para la ciudadanía”. Sin embargo, esta apropiación también tienen límites estructurales —tarifas de los taxis fijadas por la autoridad, cuadradas que el tianguis puede ocupar también sancionadas por la autoridad gubernamental—, aunque sujetas a la presión, a la negociación o al conflicto. En otras palabras, la disputa por el espacio público que puede traducirse en apropiación relativa tiene detrás también la autoconcepción de este tipo de trabajadores como ciudadanos privilegiados para ocupar ese espacio, que se extiende a cómo son vistos por los ciudadanos.

Por otro lado, sobre ese espacio público apropiado se ubica la supuesta libertad de estas ocupaciones, de cómo realizarlas y en cuánto tiempo, así como la no dependencia de un patrón. Como veíamos, esta libertad, autonomía e independencia son relativas, porque hay reglas gubernamentales, de las organizaciones, de los compañeros de trabajo o de la ciudadanía que las restringen. Aunque detrás está la imagen negativa del asalariado de las empresas con trabajadores precarios en salarios y condiciones de trabajo,

pero también en arbitrariedad empresarial ante la ausencia en la práctica de sindicatos, entre los que el ingreso no dependería del esfuerzo laboral, a diferencia de los trabajos de taxista y tianguista.

Es en el espacio público en donde supuestamente se realiza el ideal de ser pequeño propietario, sujeto a reglas mínimas, que administra su tiempo y la forma de realizar su trabajo, el que permite vincular con dos códigos positivos de las culturas populares en México: la familia que puede participar en la red del trabajo y la sociabilidad con clientes, otros trabajadores y ciudadanos en general.

Las configuraciones subjetivas de identificación laboral —que comprendería con el trabajo como actividad, con la comunidad de trabajadores semejantes o con la organización gremial— entre taxistas y tianguistas tienen unos códigos comunes, especialmente la centralidad de la apropiación del espacio público, aunque con connotaciones diferenciadas por la flexibilidad de los taxistas en la “ciudad”, que los limita, con respecto de los primeros, en cuanto a la frecuencia de las relaciones cara a cara permanentes. Habría que profundizar en lo que implicaría esta volatilidad de las interacciones de los taxistas frente a la mayor permanencia de éstas entre los tianguistas.

También el orgullo del saber hacer en estos trabajadores está incrustado en el espacio público, porque es en éste donde se tienen las interacciones, es en éste donde se evaden los peligros o se negocia con actores diversos para salir adelante. Es en el espacio público donde se mezcla la producción del servicio con la reproducción de la vida cotidiana —trabajo con familia, amistades, amores u odios.

Sin embargo, hay diferencias entre taxistas y tianguistas, primero de un trabajador con un espacio móvil en la ciudad, frente a otro de espacio fijo aunque público de trabajo. En los de Coyoacán se añade un componente de orgullo del oficio que tiene connotaciones diferentes a los taxistas y a los tianguistas de El Salado. En los primeros, además de la capacidad de vender, se añade la de producir un objeto físico material con características artesanales, que a veces revisten de un hálito de lucha contracultural en contra de las grandes corporaciones, ideología que no está presente en los otros. Asimismo, se presentan diferencias importantes en la relaciones de estos trabajadores con sus organizaciones, presencia funcional real en taxistas, burocracia autoritaria en de El Salado y democracia participativa en Coyoacán.

Es decir, no es posible analizar la identidad sólo como fenómeno subjetivo —aunque finalmente ésta tenga que tomar esa forma— sin considerar las estructuras que presionan y las relaciones prácticas en que se inserta cada sujeto en particular. Lo que no evita que se puedan mencionar códigos compartidos que en condiciones de emergencia común podrían contribuir a una identificación como trabajadores más amplia que las particularidades de cada gremio. Lo cierto es que todos, sean cuentapropistas o asalariados, se autoconsideran trabajadores.

FUENTES CONSULTADAS

- ALARCÓN, Sandra (2008), *El tianguis global*, México, Universidad Iberoamericana.
- BERGER, Peter (comp.) (1958), *The Human Shape of Work*, Londres, MacMillan.
- DE LA GARZA, Enrique (coord.) (2011), *Trabajo no clásico, organización y movimiento social*, ts. I y II, México, UAM-Plaza y Valdés.
- , José Luis Gayosso y Saúl Moreno (2010), “La querrela de las identidades”, en E. de la Garza (coord.), *Hacia un concepto ampliado de trabajo*, Barcelona, Anthropos.
- *et al.* (2008), “Crítica de la razón parapostmoderna”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 13, núm. 19, pp. 9-38.
- DUBET, F. (1999), *¿En qué sociedad vivimos?*, Buenos Aires, Losada.
- DURAND, Jean Pierre (2011), *La cadena invisible*, México, FCE-UAM.
- GAYOSSO, José Luis (2011), “Trabajo, identidad y acción colectiva en los comerciantes artesanos del centro histórico de Coyoacán”, en E. de la Garza (coord.), *Trabajo no clásico, organización y movimiento social*, México, UAM-Plaza y Valdés.
- GIDDENS, Anthony (1991), *Modernidad e identidad del Yo*, Barcelona, Península.
- GIMÉNEZ MONTIEL, G. (1997), “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, *Frontera Norte*, 9 (18), 1-14, disponible en <http://www.laramabiblioteca.com.ar/transforcurr/GIMENEZ%20Materiales%20para%20ua%20teor%20de%20las%20identidades%20sociales.pdf>, consultado el 2 de marzo de 2008.
- LOMNITZ, L. (1998), *Cómo sobreviven los marginados*, 14a. ed., México, Siglo XXI Editores.
- MONTAÑEZ GÓMEZ y Ovidio Delgado (1998), “Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional”, *Cuadernos de Geografía*, vol. VII, núm. 12, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

- POGLIAGHI, Leticia (2011), "La problemática del trabajo, la identidad y la acción colectiva en las taxistas de la Ciudad de México", en E. de la Garza (coord.), *Trabajo no clásico, organización y movimiento social*, t. II, México, UAM-Plaza y Valdés,
- RAMÍREZ KURI, Patricia (2005), "Ciudadanía y participación en el espacio local de la Ciudad de México", Ponencia presentada en el IV Congreso de IGLOM, México, 12 de noviembre.
- _____ y Miguel A. Aguilar Díaz (2006), *Pensar y Habitar la Ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, Barcelona, Antropos-UAM.
- Secretaría de Transporte y Vialidad (2010), http://www.setravidf.gob.mx/wb/stv/40-informe_setravi
- THOMPSON, Edward (1972), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Laia.
- _____ (1980), *Escrito por luz de las velas*, Londres, Merlin Press.